

Capitalismo y subjetividad*

Textos: Luis Fermín Orueta

Imágenes: Library of Congress

*Intervención realizada con motivo de la presentación pública del texto “Triunfo y fracaso del capitalismo”, mayo de 2011, en el salón de actos del edificio La Bolsa, Bilbao.

Hubo un tiempo, no tan lejano en este país, en el que muchos creímos que cambiar el mundo estaba al alcance de la mano. Sólo había que hacer la revolución, apropiándose de los medios de producción, para hacer añicos el modo de producción capitalista basado en la extracción de plusvalía, y echar al cubo de la historia la explotación del hombre por el hombre. Las nuevas relaciones de producción harían emerger una nueva conciencia que alumbraría el despertar del hombre nuevo, el hombre comunista, dando comienzo a una nueva era en la que, definitivamente, se superara la alienación del ser humano con el producto de su trabajo, y reinara la fraternidad, la igualdad y la justicia distributiva, bajo la célebre fórmula “de cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades”. Sólo más tarde fuimos entendiendo poco a poco la flagrante contradicción de pretender que fuera el hombre viejo el encargado de engendrar un mundo nuevo, y que no era, por tanto, posible de ninguna manera una mínima praxis política transformadora sin una cierta transformación interna previa del ser humano. El ideal se transformó no sólo en un cuento de hadas sino, además, en un cuento no tan bello ya que combatir el discurso capitalista desde el mismo discurso implica necesariamente arrastrar la

misma locura que se pretende combatir. Se puede entender que Lacan desidealizara, en su *Seminario XVIII*, el concepto mismo de revolución, aplicando irónicamente el sustantivo a los cuerpos y órbitas celestes, y proclamando que la revolución, como nos enseña la astronomía, no es más que el retorno de lo mismo ya que, como hemos constatado dolorosamente a lo largo de la historia, toda revolución trae consigo inevitablemente un nuevo amo al firmamento social. En la medida, entonces, en que pudimos reconocernos implicados de alguna manera en el desorden del mundo, la subjetividad, aunque vagamente entendida, se convirtió, al menos para algunos, en un factor clave a tener en cuenta en cualquier análisis político que no se redujera a un ejercicio ciego de voluntarismo idealista.

Es precisamente a este nudo de lo íntimo y lo social al que entiendo que apunta Lacan cuando, en vísperas de Mayo del 68, dice, en una clase del Seminario *La lógica del fantasma*, que “el inconsciente es la política”. Decir “el inconsciente es la política” es decir que no se puede pensar el inconsciente al margen del lazo social. El inconsciente no es una realidad sustancial que estaría oculta en el psiquismo individual, concebido como un mundo cerrado y encapsulado, lo que justificaría la

compartimentación estanca de lo público y lo privado. No, el inconsciente tiene la misma textura que la política, en la medida en que el inconsciente nace en medio del vínculo social, pues es del discurso del Otro con mayúsculas, fundamentalmente materno y paterno, de donde el sujeto va a extraer los significantes primordiales del gran Otro social que lo van a capturar, dominar y representar, esos significantes amo con los que se va a identificar de forma inconsciente y que van a sellar su destino. De ahí el potencial subversivo del psicoanálisis, en la medida en que éste suspende las certezas del sujeto, desvela sus modos de captura y deshace las identificaciones con el discurso dominante, restableciendo el vacío original del sujeto que permite un nuevo punto de partida, un nuevo comienzo. Decir “el inconsciente es la política” es decir, por tanto, que la verdadera arena política, allí donde se decide la unión y el enfrentamiento entre los seres humanos, es el inconsciente. Es decir que no hay ninguna diferencia entre el sujeto del inconsciente y el sujeto político, ya que es el mismo sujeto alienado de sí mismo el protagonista en el ámbito personal y en el ámbito colectivo. Aceptar, entonces, que “el inconsciente es la política” supone aceptar que hay una correspondencia entre la realidad psíquica y la realidad social, lo que impone la urgente necesidad de que la dimensión subjetiva supere su radical exclusión y encuentre su lugar en el núcleo mismo de la dimensión política. Sólo desde aquí puede entenderse que Lacan afirme más tarde, en *Televisión*, que toda denuncia del capitalismo desde el propio discurso capitalista no hace más que perfeccionarlo, y propone al discurso analítico como la única alternativa real al discurso capitalista, en la medida en que sólo el psicoanálisis revela el auténtico resorte de la verdadera naturaleza depredadora del capitalismo, que viene dado por la pura, dura y salvaje pulsión de muerte.

La pulsión de muerte es un concepto freudiano que surge de su clínica de la neurosis, que él opondrá en un binario a la pulsión de vida, y que traduce, como lo explica Miguel Ángel Alonso en el texto que tenemos

“EL DISCURSO CAPITALISTA ELIMINA EL CONCEPTO DE IMPOSIBILIDAD”

entre manos, la constatación de Freud de la radical resistencia a curarse por parte del propio neurótico, de la esencia profundamente masoquista del ser humano con su permanente necesidad de castigo, y de la compulsión del hombre a la repetición de las condiciones que provocan su sufrimiento. Es decir, Freud descubre que hay una profunda corriente en el psiquismo del ser humano que no quiere su propio Bien, una zona de subjetividad que se resiste encarnizadamente a su propio bienestar. Es ésta la verdadera subversión freudiana, el verdadero escándalo del psicoanálisis, y no la sexualidad, el que hizo que Freud exclamara, en la cubierta del barco que

le aproximaba a Nueva York, como se sabe, la célebre frase de “no saben que les traemos la peste”. Más tarde, Lacan englobará en su concepto de goce tanto la pulsión de vida como la pulsión de muerte con objeto de destacar que el placer y el sufrimiento están inextricablemente entretreídos. Freud, entonces, rechaza que la búsqueda del Bien constituya el motor del comportamiento humano, sosteniendo que el ser humano encuentra una satisfacción inconsciente en el malestar, y que el sufrimiento provocado por el síntoma de cada uno, como lo imposible de soportar, no es, por tanto, más que la envoltura en la que se esconde un núcleo de goce. Éste es el asunto. Éste es el quid de la cuestión. Una paradójica satisfacción pulsional, entendiendo la pulsión como el equivalente humano del instinto animal contaminado y desnaturalizado a causa del lenguaje. A diferencia de las necesidades biológicas, que descansan cuando se ven satisfechas, para Freud la pulsión no descansa nunca y empuja constantemente al sujeto a buscar una satisfacción que nunca se colmará plenamente. Es en esta búsqueda donde transgrede los límites del placer. Lacan dirá que se satisface en el trayecto en torno al agujero del goce imposible de colmar. ¿Ejemplos concretos de la pulsión de muerte? No hay más que abrir cualquier día los diarios para darnos de bruces con todo el abanico posible de comportamientos salvajes del hombre para con el hombre. Digámoslo con todas las letras: el mal radical habita en el corazón del propio ser humano.

Mal radical que constituye el gran secreto ocultado sistemáticamente por el discurso hegemónico que, enfatizando únicamente la dimensión positiva de la inagotable potencialidad del ser humano, deja campo libre a la vertiente del horror que necesariamente va siempre unida a la vertiente de esplendor. De ahí que J.-A. Miller pueda decir que no hay nada más humano que el crimen. Mirar, por el contrario, de frente la pulsión de muerte es mirar de frente la inevitable división del ser humano, que soporta en su mismo seno la coexistencia del amor y del odio, del bien y del mal, del altruismo y del egoísmo, de la vida y de la muerte, en definitiva, de Eros y Thanatos. Sólo así podremos aprender a gestionar o saber hacer con ese poroso límite entre ambas vertientes. Entender y asumir la verdadera naturaleza del sujeto es, entonces, condición *sine qua non* de la humanización del propio sujeto. Sabemos que la humanización radica en el pacto simbólico que consiente en establecer la criatura humana, por medio del cual se produce una cesión de goce a cambio de dotar de sentido a su existencia a través del lenguaje. Como dice Dolores Castrillo en el texto “la pérdida del goce puro es el precio que paga el ser viviente al ingresar en el mundo de las palabras y el lenguaje”. De ahí que la humanización pase por asumir la imborrable división entre el significante y el goce, que hace que el goce absoluto sea imposible para el ser hablante. Y precisamente, la imposibilidad es uno de los nombres de lo real para Lacan. De ahí que el discurso analítico conduzca a proclamar la imposibilidad, a marcar la limitación, a destacar la falta, a aceptar, en suma, la castración, que es el nombre freudiano de esta imposibilidad de acceder al goce absoluto, como condición



Boys cleaning shoes, Library of Congress

indispensable para poder acceder al único goce posible para el ser humano, que es, por estructura, un goce siempre relativo, un goce sólo parcial.

El capitalismo, cuyo único motor es maximizar los beneficios con el mínimo coste posible, sin responsabilizarse de sus demolidoras consecuencias, rechaza radicalmente ese punto de imposibilidad al sostener que todo es posible, sin ningún tipo de limitación. Un progreso ilimitado, un desarrollo ilimitado, un lucro ilimitado, un bienestar ilimitado. Podemos afirmar, entonces, que el discurso capitalista elimina el concepto de imposibilidad, empujando o dando cobertura a los individuos en una carrera loca en pos de ese fantasma del goce absoluto. El capitalismo y la pulsión se rigen con la misma lógica intrínseca del exceso, del cada vez más, del nunca es suficiente. Y ese enganche entre la subjetividad y la economía capitalista viene encarnado por el fenómeno del consumismo, como lo explica Esperanza Molleda en el texto. La economía capitalista produce en la fase global actual, infinidad de objetos-señuelos que prometen no sólo la satisfacción sino la anulación de esa falta consustancial al sujeto. Basta asomarse un poco a la televisión para constatar cómo nos hipnotizan con fantasías tales como la salud integral, la felicidad absoluta, el aplazamiento indefinido del envejecimiento, la potencia sexual permanente o la seguridad futura total. Ésa es la trampa. A través de la adquisición incansable de los objetos del mercado, el sujeto recorre una y otra vez el mismo triste circuito. Se fascina con un objeto al que

atribuye la facultad de borrar su división, lo adquiere, pero inevitablemente pierde casi inmediatamente su valor fetichista ya que no deja de ser sólo un objeto, para quedar fascinado por un nuevo objeto que, esta vez sí, tendrá la facultad de borrar la grieta que fractura su ser. Es decir, por un lado, la subjetividad de nuestros días, modelada al servicio de la economía capitalista, empuja a adquirir insaciablemente cualquier nuevo espejismo de satisfacción final: el viaje más perfecto, el coche más maravilloso, el rostro más bello, el orgasmo más intenso, la casa más espléndida, la piel más joven, el seguro más completo... Y, por el otro lado, el mercado, al servicio de la zona de subjetividad más oscura, inventa y produce sin cesar nuevos objetos que alimentan el espejismo de que la división que afecta al sujeto se puede anular a condición de encontrar el objeto adecuado que colme el vacío insoportable. Es decir, en un intento loco de anular la castración, el sujeto se reencuentra permanentemente con nuevos objetos -en realidad "pequeñas naderías de goce", como dice Lacan- que prometen el goce imposible. Negación de la castración, pues, en última instancia, cuyo inevitable correlato es la pulsión de muerte, pulsión de muerte como punto de intersección entre capitalismo y subjetividad.

EL AUTOR

Luis Fermín Orueta. Psicoanalista en Bilbao. Socio de la sede de Bilbao de la ELP. **Email:** luisferorrueta@gmail.